



> DESDE ADENTRO

Dios es amor

La primera Carta Encíclica escrita por el Papa Benedicto XVI es un poderoso llamado a la reflexión, del cual pueden sacar provecho todos los hombres y mujeres del mundo, más allá de su credo o religión. Una invitación a comprometer la razón y el corazón para meditar sobre la dimensión más importante de la vida humana: el amor.

Texto: Clara L de Iribarren

Para quienes no tuvieron tiempo o posibilidades de leer y/o analizar esta encíclica, va aquí un resumen simplificado, que no pretende abarcar todo su contenido ni interpretarlo, sino simplemente acercar a los lectores las ideas más fuertes y, ojalá, despertar el interés en su lectura.

La encíclica se divide en dos partes: la primera, de carácter especulativo, analiza el significado del amor; la segunda, más concreta, explica cómo cumplir hoy el mandamiento del amor al prójimo.

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto.

Primera parte: La unidad del amor

La encíclica analiza varios de los significados del vocablo amor, y se detiene particularmente en dos palabras griegas utilizadas para designar al amor: *eros* y *agapé*.

Eros y agapé

"Los griegos dieron el nombre de eros al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano", explica el Pontífice. El eros viene a ser como un

estremecimiento causado por una potencia divina, que hace experimentar la dicha más alta. En este punto sobresalen dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación, ya que el amor promete infinidad, eternidad, y una realidad más grande que trasciende a nuestra existencia cotidiana. Al mismo tiempo, se constata que el eros ebrio e indisciplinado, degradado a puro sexo, no es elevación sino degradación, ya que relega el cuerpo humano a lo puramente biológico. Esto no implica rechazar al eros, sino comprender que necesita una purificación y maduración, que incluye también la renuncia, para que alcance su verdadera grandeza. En su proceso de crecimiento, el amor que nació como una imposición, como eros, junto con el conocimiento y descubrimiento del otro, va superando el carácter egoísta que predominaba en la fase inicial, para comenzar a desear el bien de la persona amada. El desarrollo del amor conlleva a que se aspire a lo definitivo en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad -esta única persona- y en cuanto a que se pretende que sea para siempre. Su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad.

Así nos vamos acercando al significado de *agapé*, el otro término griego relativo al amor. Esta denominación designa el amor fundado en la fe y plasmado por ella, y es la palabra empleada para designar al amor en el Nuevo Testamento.

A menudo se ha presentado a ambos términos, *eros* y *agapé*, como contrapuestos entre sí: lo típicamente cristiano sería el *agapé*, mientras que el eros sería el amor vehemente y posesivo. El Papa explica que en



DISEÑO DE CUARTOS



Carolina Cernadas (15) 6309.2800 / Silvina Guyot (15) 5702.0162
e-mail: info@rincondeabril.com.ar / www.rincondeabril.com.ar

LINEA DE BLANCO

DECORACIÓN

CORTINAS

APLIQUES

CUADROS

PAREDES PINTADAS

ACOLCHADOS

SÁBANAS

ALMOHADONES

Rincón de
Abril
decoración para niños

> DESDE ADENTRO

esencia no se trata de dos realidades distintas: *"Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente -fascinación por la gran promesa de felicidad-, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará 'ser para' el otro".* Así el momento del *agapé* se inserta en el *eros* inicial.

En síntesis, el amor es una única realidad, si bien con diversas dimensiones que pueden destacarse unas más que otras según los casos. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma merma del amor.

Amor a Dios y amor a los hombres

El amor de Dios por el hombre puede ser calificado sin duda como *eros*, pero es al mismo tiempo también totalmente *agapé*: el amor apasionado de Dios por la humanidad es a la vez un amor que perdona. Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte, a través de la cruz y, de este modo, reconcilia justicia y amor. Como respuesta al amor de Dios, aparece el amor del hombre hacia a Dios, que, a partir del Nuevo Testamento, se ve en imprescindible interacción con el amor al prójimo: "Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro (...) Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo (...) solamente cumplir con mis 'deberes religiosos', se marchita también la relación con Dios".

Amor a Dios y amor al prójimo nacen y viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. No se trata entonces de un mandamiento externo, sino de una experiencia de amor, que por su propia naturaleza ha de ser comunicado a los otros.

Segunda parte: Caritas – El ejercicio del amor

El amor al prójimo es ante todo una tarea para cada persona, pero lo es también para la Iglesia. El amor necesita una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado.

En los primeros tiempos de la Iglesia "los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno" (Hch2, 44-45). A medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical

de comunión material. Pero el núcleo central permanece: la Iglesia como familia de Dios, debe ser un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos necesitan ayuda fuera de ella.

Justicia y caridad

Desde el siglo XIX se ha planteado una objeción contra la actividad caritativa de la Iglesia, bajo el argumento de que los pobres no necesitan caridad sino justicia.

Ahora bien: el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea de la política, y no de la Iglesia. Sin embargo, la Iglesia no puede quedarse al margen de la lucha por la justicia, sino que debe contribuir a formar las conciencias en la política para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto en práctica. Así, la doctrina social católica busca contribuir en la formación ética, sin intentar imponer a los que no comparten la fe sus propios criterios y modos de comportamiento.

Por otra parte, el amor *-caritas-* siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá situaciones de necesidad material en las que es indispensable que la ayuda muestre además un amor concreto al prójimo. El Estado, ni aún el más justo, puede asegurar lo más esencial que cualquier ser humano necesita: una entrañable atención personal.

Las organizaciones de servicio caritativo en el mundo de hoy

La globalización actual presenta un nuevo desafío: la ayuda al prójimo tiende a extender su horizonte al mundo entero. En este marco, surgen fructíferas formas de colaboración entre entidades estatales y eclesiales. Las entidades eclesiales, con la transparencia en su gestión y la fidelidad al deber del amor, podrán animar cristianamente a las instituciones civiles, favoreciendo una coordinación que ayude a la eficacia del servicio caritativo. También surgen hoy nuevas formas de voluntariado (a las cuales el Papa dirige un especial aprecio y gratitud), lo cual se explica por el hecho de que el imperativo de amor al prójimo ha sido grabado por el Creador en la naturaleza misma del hombre.

Elementos esenciales de la caridad cristiana

- Según el modelo de la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es -ante todo y simplemente- la respuesta a una

necesidad inmediata en una determinada situación. Pero además de una atención técnicamente correcta, es preciso recordar que los seres humanos necesitan siempre una atención cordial, que salga del corazón.

- La caridad cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías.
- Frecuentemente, la raíz más profunda del sufrimiento es la ausencia de Dios, por ello la caridad cristiana debe ser un testimonio de Dios, muchas veces silencioso y a través del ejemplo: *"el Cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor"*.
- La oración resulta fundamental para pedir a Dios que esté presente en el trabajo diario, y para recibir las fuerzas para realizarlo con amor.

En definitiva, todas las reflexiones de la encíclica se encuentran resumidas por San Pablo en su himno a la caridad: *"Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aún dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve"* (I Co. 13, 3). ☉



La experiencia de una inmensa necesidad puede inclinarnos hacia la ideología de una solución humana y universal a todos los problemas o, por el contrario, sumirnos en la inercia ante la impresión de que en realidad no se puede hacer nada. En esta situación, el contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para no caer en una soberbia que nada construye, ni ceder a la resignación, que impide dejarse guiar por el amor y servir al hombre.

Camino a la reconciliación

La Carta Pastoral de Cuaresma 2006 es un llamado a la convivencia pacífica entre los argentinos, para alcanzar la paz con nosotros mismos y con nuestro país.

Queridos Amigos:

En cada Cuaresma emprendemos la tarea de volver a Dios, por medio de una sincera conversión. Concretamente hemos comenzado el año iluminados por la primera Encíclica de Benedicto XVI, que nos invita a mirar a Dios como fuente de amor. Una de las facetas importantes de esta vida en el amor, es la reconciliación. Este tema tiene varios aspectos o niveles -todos necesarios- porque nuestra meta como discípulos de Jesús es vivir reconciliados. Y no como una retórica, como algo abstracto, sino como algo concreto, que se pone de manifiesto en el desafío cotidiano del perdón: abrimos al perdón de Dios, perdonarnos a nosotros mismos, perdonar a los hermanos y reconciliarnos con la realidad que nos toca vivir. Ya dediqué una carta pastoral sobre este tema, en la Cuaresma de 1999, cuando nos aproximábamos al Jubileo del año 2000. Hoy siento la necesidad de volver a escribir sobre la reconciliación, pensando en la vida personal de cada uno de nosotros y también en nuestro país. Los argentinos necesitamos encontrar caminos que nos conduzcan a una convivencia más pacífica y armoniosa.

• El perdón que nos enseña Jesús

El tema del perdón es central en la vida y en el mensaje de Jesús. Él muere y resucita para reconciliarnos con Dios y entre nosotros. En Él se hace presente la infinita misericordia de Dios que quiere perdonarnos e invitarnos a vivir en el perdón de unos hacia otros. Él sabe que el perdón es una de las cuestiones más importantes en la vida de una persona: ¿Quién no se encontró alguna vez necesitado de perdón? ¿A quién no le ha costado alguna vez perdonar? Hay personas que luchan toda su vida con algún conflicto respecto del perdón o llevan consigo la carga más pesada que impide perdonar: el rencor. Todo el Nuevo Testamento nos habla de la necesidad de perdonar: pensemos en las parábolas de la misericordia que aparecen en el capítulo 15 del Evangelio de Lucas, (la oveja perdida, la dracma perdida, el hijo pródigo), la predicación constante de Jesús sobre la reconciliación, sus palabras en la cruz: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34), el testimonio de Pablo, que leemos en el inicio de la Cuaresma: "Y todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con él por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación." (2Cor 5, 18). Tanta importancia le dió Jesús a la reconciliación que instituyó uno de los siete sacramentos para fortalecer con una gracia particular nuestra necesidad de ser perdonados y dispensar perdón. Jesús sabía muy bien que perdonar tiene sus dificultades. La inercia de nuestro corazón pecador nos impide muchas veces hacerlo, es más, podemos afirmar que perdonar ciertas ofensas es casi imposible si nos apoyamos solamente en nuestras fuerzas. Por eso lo primero que debemos tener en cuenta, si queremos transitar el camino de la misericordia, es que el perdón es un don de Dios. Podemos decir del perdón lo que el Papa dice sobre el amor en su encíclica: "Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don." [1] Nosotros podemos decir: para poder perdonar, debemos abrimos al perdón de Dios y a la misma capacidad de perdonar. Aceptado el don, sabemos que el perdón es asimismo una tarea humana. Es un verdadero "trabajo" y, como todo trabajo, requiere dedicación, esfuerzo, perseverancia, paciencia frente a las equivocaciones y sobre todo, amor. Comprendemos así que el perdón es una de las formas preciosas del amor, es un fruto del amor maduro.

• La reconciliación como tarea social

Al considerar la necesidad de reconciliación en la vida de la sociedad, hablamos de la dimensión social de la reconciliación. Si bien en esta

cuestión como en tantas otras los argentinos estamos recorriendo un arduo camino, en la medida que han aparecido signos de recuperación en lo social y económico, necesitamos generar una convivencia más sólida dejando de lado lo que nos separa y enfrenta y fortaleciendo todo aquello que nos une. De ahí la necesidad de acrecentar nuestros esfuerzos por una mayor reconciliación.

• Una conclusión para seguir pensando

(...) Tal como decíamos, los argentinos estamos signados por dos crisis históricas muy fuertes: la de la década del '70 y la crisis del 2001-2002; en la primera se trató de terrorismo, de torturas, muertes y desapariciones; en la segunda, de una crisis que devastó socialmente a gran parte del pueblo argentino, aumentando la pobreza y la exclusión. Los obispos en nuestro país hace mucho venimos afirmando que el camino de la reconciliación es el único que puede llevarnos a una convivencia fraterna. En ambas crisis, muchos argentinos hemos analizado las causas (sociales, económicas, políticas), hemos ejercitado activamente la memoria, tratando de ser fieles a la verdad. Incluso, en algunos casos hasta hubo signos públicos de arrepentimiento de parte de algunos sectores. También, aunque de modo imperfecto debido a las limitaciones humanas, se ha ejercido justicia. Siempre será difícil obrar con total ecuanimidad. ¿Qué nos falta? Sin duda debemos seguir trabajando en aquellos emprendimientos necesarios para que todos los argentinos tengan mayor dignidad (alimentación, salud, vivienda, educación, trabajo). Pero, además, a mi entender todavía nos falta un profundo ánimo de reconciliación. Todos los argentinos, sobre todo los dirigentes, deberíamos encaminarnos hacia el bicentenario de nuestra patria con el deseo que el 2010 sea el AÑO del REENCUENTRO Y LA RECONCILIACIÓN DE LOS ARGENTINOS.

¿Qué importante será que ese año nos encuentre sin odios ni rencores y con algunas metas comunes indiscutidas! Un reencuentro de todos los sectores del país que permita que las experiencias del pasado dejen de ser motivo de divisiones y enfrentamientos, y por el contrario se constituyan en el fundamento y la base de un trabajo común para amortiguar la iniquidad y la pobreza y hacer desaparecer de nuestro país la exclusión social. Sin duda, en esta tarea de la reconciliación la Iglesia tiene una responsabilidad mayor. La vida y las enseñanzas de Jesús son en este sentido muy exigentes. El camino del ecumenismo y del diálogo interreligioso ubica a todo el orden religioso en una situación privilegiada para favorecer el encuentro y reconciliación de los argentinos. Gracias a Dios, en estos últimos años hombres y mujeres que creemos en el único Dios profesando distintos credos venimos trabajando en esta misión. Es este orden espiritual el que tiene el desafío mayor de activar más vivamente el "ministerio de la reconciliación" (Cfr. 2Cor 5,18) realizando experiencias concretas de perdón que sean fuertes signos y testimonios para nuestros hermanos, más elocuentes que muchas palabras. Queda en nuestra creatividad el poder concretarlas, según las distintas comunidades y ambientes de los que formamos parte. Con mi afecto y bendición para sus familias y comunidades,

¡Muy feliz Pascua de Resurrección!

Jorge Casaretto
Obispo de San Isidro

Los lectores que quieran leer el documento original podrán obtenerlo de la página web www.marin.esc.edu.ar/pastoral